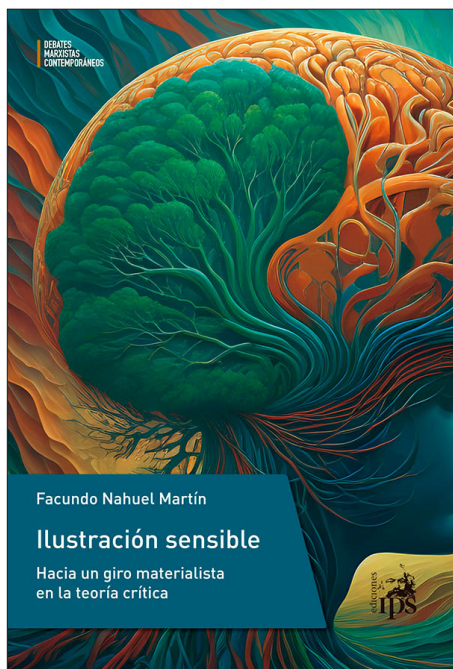


## Materialismo filosófico y naturalismo ontológico para el siglo XXI

AGUSTÍN ARANCO BAGNASCO  
(UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA – URUGUAY)



Reseña de Martín, Facundo Nahuel, *Ilustración sensible. Hacia un giro materialista en la teoría crítica*, Buenos Aires, Ediciones IPS, 2023, 264 pp.

Recibida el 01 de julio de 2024 –  
aceptada el 31 de julio de 2024

Las humanidades, las ciencias sociales y la filosofía de vocación crítica se han acostumbrado a tratar como *repetición rígida* y *materia pasiva* a la naturaleza. Al punto de elaborar buena parte de sus elucubraciones sobre la oposición entre un ámbito invariante, presuntamente escindido o desagregado de lo social, y otro hermenéuticamente determinado por la agencia y la experiencia humana, que albergaría el *mundo* de las interacciones mediadas por el discurso. De un lado la necesidad, lo inmutable y lo extrahumano, del otro la contingencia, lo histórico y lo propiamente humano. El reino de lo natural se opondría sin fisuras al reino espiritualizado de la acción o de la misma libertad. Sea en base a la praxis, el trabajo social, la historia, el lenguaje, la intersubjetividad o la cultura, las *teorías críticas heredadas* han rechazado –por reaccionaria o conservadora– la continuidad ontológica entre estos artificiosos recortes de la realidad, dando lugar a una ontología social antropocéntrica usualmente no problematizada. Con todo, las principales preocupaciones *materialistas* de nuestra época, que han de informar a las distintas expresiones teórico-críticas, presentan desafíos insoslayables para cualquier enfoque cernido sobre un marco rigurosamente dualista –en términos ontológicos y epistemológicos–, comprometido con la autonomía fuerte o *autarquía* de lo social frente a lo natural.

Este es el nudo problemático que Martín busca resolver en su último libro, *Ilustración sensible*, un ensayo filosófico consecuente con los avances en las ciencias naturales y con la primacía ontológica unilateral de la realidad material asumida por cualquier materialismo que se precie. El punto de partida son las limitaciones de los presupuestos dualistas y antirrealistas presentes en el pensamiento heredado frente a los *emergentes materialistas* que, dispuestos

en entramados o complicaciones sociome-tabólicas, no son legibles exclusivamente en términos sociales, y la tesis es que es posible conciliar el realismo científico y el naturalismo ontológico con una teoría social crítica –de intencionalidad emancipatoria– eficaz y potente frente a los modos de dominación contemporáneos. Así, “[l]os solapamientos entre tecnología, sociedad, subjetividad y naturaleza constituyen *emergentes materialistas* que no corresponde reducir a la condición *histórica o social*, si por tal condición entendemos el plano de las *interacciones entre seres humanos mediadas por el lenguaje*. Estos emergentes atraviesan a las relaciones sociales, pero no son legibles en términos exclusivamente sociales. En cambio, apuntan a un contexto enmarañado, en el que procesos sociales y naturales, técnicos y políticos, subjetivos y objetivos, se solapan, mezclan y articulan sin fronteras, en principio, claras” (p. 10).

Frente a la proliferación de constructivismos de distinta índole –culturales, discursivos, sociales–, Martín inscribe su ensayo en la *nueva escena* del pensamiento o de la teoría, desde donde elabora pacientemente un marco analítico y crítico de factura realista que cuestiona los modelos “solo sociales” de la sociedad. Este marco, más consecuente con la actualidad de nuestras intuiciones naturalistas, con los desarrollos científicos y técnicos y con el relativo progreso moral que califican a la razón ilustrada, muestra la necesidad de hacer del ser social un *estrato específico o peculiar* dentro del *continuum* de la naturaleza física o biológica. Superar la extendida oposición heurística entre la sociedad y la naturaleza significaría, desde esta visión, corregir los enfoques dualistas, antinaturalistas y antropocéntricos enquistados en el espiritualismo legado por las humanidades del siglo XX, que han soslayado la

dependencia ontológica de las relaciones sociales respecto de la naturaleza humana y extrahumana.

De acuerdo con el autor, la consolidada “Ciudadela de las Humanidades” –como denomina al proyecto fundacional expuesto por Horkheimer– se cierne sobre dos tesis igualmente problemáticas. A saber, que (i) la sociedad es autárquica o independiente de la naturaleza (dualismo ontológico), y que (ii) los objetos estudiados por las ciencias naturales son principalmente construidos en el proceso sociohistórico de conocimiento (constitución social de los objetos de conocimiento). Ambas han respaldado la obstinada autarquía ontológica de lo social (tesis ontológica) y la primacía epistemológica de lo histórico y lo social en la constitución de las formas de conocimiento de la naturaleza, i.e., de las investigaciones humanísticas –capaces de remitirse a una perspectiva histórica o a un contexto social de producción especificado– frente a la presunta irreflexividad de las ciencias naturales (tesis epistemológica). Al mismo tiempo, Martín combate frontalmente los dos presupuestos que usualmente han seguido a ambas tesis, en el marco de sendas estrategias de desnaturalización e historización. En primer lugar, el dualismo ontológico y el antinaturalismo fuerte desembocan en la equiparación de lo natural con lo rígido, es decir, con lo que se repite en ciclos regulares y resulta inmodificable, en oposición a un ámbito *desencarnado* o puro de la libertad que resumiría el mundo de la vida propiamente humano. En segundo lugar, los presupuestos antinaturalistas implicados en el mismo concepto de teoría crítica desde su nacimiento, y derivados de “una actitud filosófica más general en el pensamiento humanístico continental del siglo XX” (p. 17), hacen aparecer a la naturaleza como una superficie de *inscripción pasiva* para

las *operaciones contingentes* de la cultura. Como es de esperar, esto último sitúa analíticamente a los seres humanos en el centro del cosmos y los ubica como responsables exclusivos del desarrollo histórico-cultural *qua* plexo de acción y sentido.

El giro materialista propuesto por Martín constituye “un intento por repensar los horizontes de las teorías críticas una vez que dejamos de identificar la naturaleza como repetición rígida y materia pasiva, por un lado, y una vez que dejamos de concebir a la sociedad exclusiva o prioritariamente como un juego de interacciones simbólicas entre seres humanos, por el otro” (p. 21). Y se asienta en tres dimensiones solapadas capaces de exponer la *crisis profunda* que atraviesa la Ciudadela de las Humanidades, y que ninguna forma de pensamiento contemporáneo de ambición realista y crítica puede soslayar: (i) la inédita alteración de las formas heredadas de la vida biológica, (ii) la crisis ecológica en curso y (iii) la aceleración del cambio técnico. Estas dimensiones permiten poner en entredicho los modelos “solo sociales” de lo social, al tiempo que señalar las dificultades que reviste el tratamiento teórico, bajo marcos heredados, de las “irrupciones de la naturaleza biológica, el cambio climático y los entramados técnicos que parecen constitutivos de los problemas sociales actuales” (p. 21).

En primer lugar, y en línea con autores/as como Donna Haraway, Paul B. Preciado y Catherine Malabou, Martín destaca los principales avances en las ciencias de la vida y las neurociencias en las últimas décadas, muchos de los cuales sirven para identificar en la vida biológica un principio de maleabilidad. La plasticidad cerebral, que permite concebir a las entidades biológicas –los procesos neuronales, para el caso– como susceptibles de dinamismo y transformación, por ejemplo, sitúa un punto

de partida insorteable para las discusiones filosóficas actuales en torno a la subjetividad. Los descubrimientos de la biología post-genómica, asimismo, dan cuenta de la preocupación teórica por las formas plásticas en las que los organismos se relacionan con sus ambientes, y que lejos de permanecer invariantes han cambiado históricamente en base a transformaciones culturales y sociales más amplias. “La posibilidad de situar las formas complejas e históricamente cambiantes de la cultura humana *en el marco de la vida biológica de la especie*, sin trazar una ruptura ontológica entre lo cultural y lo natural, también habilita nuevas narrativas históricas más atentas a las transformaciones neuronales, la coevolución entre genes y cultura o la interacción enredada entre biología y vida social” (p. 23).

Una segunda dimensión solapada remite a la crisis ecológica en curso que amenaza *incluso y sobre todo* la reproducción de la civilización humana tal como la conocemos. Problemas acuciantes –por tratarse de la *condición planetaria* puesta en juego– como el calentamiento global, los incendios forestales, la pérdida de biodiversidad y otras disrupciones ecológicas de origen *social*, pero de alcance *no solo social*, iluminan en buena medida la necesidad “de reconstruir las complicaciones de sociedad, tecnología y naturaleza” (p. 24). Martín refiere tanto a los desarrollos de Dipesh Chakrabarty, que desafían los horizontes de sentido culturales heredados fundamentalmente locales, cuanto a las distintas expresiones del eco-marxismo presentes en Jason W. Moore, John Bellamy Foster, Andreas Malm, Kohei Saito o Ian Angus, de “relativa centralidad filosófica o teórica en la discusión marxista más en general” (p. 25).

En tercer lugar, Martín dimensiona la codeterminación entre tecnología y vida

social, y repasa las consecuencias de la inédita omnipresencia de la tecnología en la vida cotidiana. A partir de las transformaciones que ha traído consigo Internet, y de las correspondientes innovaciones en los sistemas de datos y en las formas de automatización, el autor hace especial hincapié en el *giro técnico* que han sufrido las teorías críticas. Con Andrew Feenberg, sostiene que los arreglos técnicos de una sociedad no constituyen una base material neutra, por encima de la cual se agregarían las decisiones políticas. Al contrario, en una sociedad capitalista la técnica permanece sometida a una *politicidad intensa*: “[l]os objetos técnicos que una sociedad «elige» dependen de su forma de existencia contingente, de sus relaciones de poder y de su «estrategia» de reproducción” (p. 25). Basta considerar la selectividad tecnológica y el reemplazo histórico de fuentes tradicionales por combustibles fósiles; inexplicables sin apuntar a la predilección del *materialismo abstracto* del capital por fuentes energéticas homogéneas y descontextualizadas. Con Moishe Postone, asimismo, identifica la dinámica material o sociotécnica del capital y las tensiones incrustadas en los entramados tecnológicos de la modernidad capitalista. Las formas tecnológicas modernas no pueden calificarse de simple “progreso”, por cuanto resultan adecuadas a la forma capitalista de lo social y al principio abstracto que la orienta, a saber, la valorización del valor: “[l]as formas tecnológicas modernas materializan la dinámica recursiva, abstracta y ciega del valor en movimiento. El capital, como sujeto abstracto dominante del proceso social capitalista, se vuelve también *sujeto de la producción material* que se encarna en el maquinismo moderno” (p. 26). La tecnología moderna, en todo caso, resulta “*ambigua, contradictoria y abierta*” (p. 27), de manera que el autor descarta

tanto las posiciones tecnófobas, que desestiman las enormes potencias liberadoras que atesoran dichas formas, como las tecnoutópicas, que ignoran las posibles implicancias tecnocráticas y no necesariamente emancipadoras que conlleva el desarrollo tecnológico.

Antes de dar por terminada la introducción, Martín reseña un conjunto de *teorías de relevo* –desde el feminismo materialista al ecomarxismo– que sugieren desarrollos alternativos desde y para las teorías críticas comprometidas con el giro materialista. Es decir, cartografía parcialmente la nueva escena intelectual para colocar “de relieve las instancias enredadas o solapadas en las que lo social y lo natural se articulan, complican y mediatizan, de manera que ya no es posible *delimitar ontológicamente un ámbito autárquico de la sociedad*” (p. 32). Si el célebre “descentramiento del sujeto” dejó sellada la tesis de que el sujeto de conocimiento se encuentra constituido por el contexto social e histórico, y desbarató las filosofías heredadas basadas en la interioridad pura de la conciencia, es posible razonar por analogía que, a día de hoy, el sugestivo “descentramiento de la sociedad” muestra que “la naturaleza asedia a lo social como la historia o el lenguaje asediaron al sujeto en las humanidades del siglo XX” (p. 32). Pues si hemos aprendido que el sujeto está constituido internamente por ese “otro” expurgado de la reflexión, entonces cabe pensar en que la sociedad tampoco puede reconstruirse en términos autárquicos y requiere, como su condición de posibilidad, de la naturaleza.

Algunas de las teorías que Martín reseña, y que pueden tomarse como respuestas parciales a la crisis profunda del pensamiento heredado, remiten al constructivismo ontológico (Haraway, Moore, Latour), a la difusión de la subjetividad en la forma de

nuevos materialismos (Bennett) o de posthumanismo crítico (Braidotti), al realismo especulativo en sus expresiones eliminativistas (Meillasoux, Brassier) o panpsiquistas (Harman), al aceleracionismo (Srnicek y Williams) y a la teoría de la planetariedad (Bratton). El papel central de la agencia transformadora, por su parte, permitiría ubicar a la tradición de la teoría crítica frankfurtiana en la senda de superación de la hostilidad antinaturalista de la Ciudadela de las Humanidades. Munido de los desarrollos anteriormente mencionados, y en especial del “materialismo difuso” provisto por el realismo especulativo, afirma que ni un puro saber objetivante ni un subjetivismo irresponsable permiten construir el proyecto de una Ilustración sensible, la cual “aspira a una *articulación tensa* entre el conocimiento objetivo de las estructuras y el conocimiento hermenéutico de las perspectivas de las personas” (p. 47). De manera que impugna otra de las *dicotomías abstractas* estructuradoras del pensamiento heredado, y defiende tanto el momento hermenéutico que considera la experiencia vivenciada cuanto la explicación de esta última a partir de dinámicas objetivas –la acumulación de capital o el calentamiento global, por ejemplo– y conocimientos teóricos objetivos brindados por la biología, la economía y las distintas formas de lo psíquico.

Finalmente, Martín se posiciona en la discusión ecomarxista actual, que reviste un carácter principalmente ontológico, y defiende un naturalismo emergentista y estratificado. Tras repasar las disputas sobre la presunta autarquía de lo social y exterioridad de la naturaleza problematizadas por toda perspectiva ecomarxista, concluye que esta forma de naturalismo, inspirada en la obra de Roy Bhaskar, es la única que permite reconciliar al ser social con el ser

natural: “[e]n esta visión estratificada de la naturaleza, los niveles de emergencia superiores no son autárquicos frente a los inferiores. No puede haber vida biológica sin procesos físicos. De la misma manera, no puede haber sociedades humanas sin vida biológica” (p. 51). A partir de esta tesis, el autor suscribe explícitamente a la concepción emergentista de la sociedad inspirada en Bhaskar y adhiere a la teoría de la ruptura metabólica reconstruida por autores como Bellamy Foster, Malm, Angus. Este compromiso con el materialismo emergentista, en cuanto vía media en la discusión entre eliminativismo y el panpsiquismo, oficia de punto de partida para la síntesis original entre ecomarxismo, feminismos materialistas, crítica de la tecnología capitalista, realismo científico y naturalismo ontológico que caracteriza al libro.

Luego de esta amplia introducción a las temáticas generales de *Ilustración sensible*, Martín avanza en dos direcciones complementarias. Los primeros cuatro capítulos plantean un recorrido exploratorio por el giro materialista –consumado o cuando menos sugerido– en las teorías críticas contemporáneas. El autor reconstruye una serie de problemas teóricos que no se ajustan del todo bien al marco categorial dualista, antinaturalista y antropocéntrico de la Ciudadela de las Humanidades, y desbordan la escena social o histórica autonomizada de la naturaleza: las materialidades del cuerpo biológico, la producción material industrial capitalista y la crisis ecológica en curso. Los últimos tres capítulos, en cambio, se aventuran en la posible fundamentación naturalista de la teoría crítica, y se remontan a una serie de problemas filosóficos conducentes al esbozo de una ontología estratificada capaz de integrar la agencia subjetiva incorporada con un materialismo filosófico que, si bien

no se presenta como mecanicista, resulta consecuente con el realismo científico y el naturalismo ontológico.

Desde el primer capítulo en adelante, Martín muestra el poder heurístico con el que cuenta la escena intelectual contemporánea dominada por las teorías posttextuales y postdualistas. Considera al deporte como sitio privilegiado para la reflexión filosófica sobre la subjetividad incorporada y reconoce la importancia que, para la misma teoría crítica, contiene una superación de la dicotomía entre el cuerpo vivenciado o subjetivo y el organismo biológico u objetivo, tratables desde la primera y la tercera persona, respectivamente. En algunos ejemplos extraídos del alto rendimiento deportivo –el caso de Pistorius o de Armstrong, el doping con hormonas sintéticas exógenas, los conflictos reglamentarios debido a la participación de atletas transgénero– Martín señala el carácter plástico, maleable y modificable de la biología sexuada humana. Algo que responde tanto a posibilidades objetivas de avances técnicos como a demandas de autonomía personal y de libertad para decidir la propia identidad. Los desafíos éticos que enfrenta el deporte de alto rendimiento en la actualidad parecen revelar que “la propia biología está abierta, en parte, a las redefiniciones contextuales, a las modulaciones contingentes y a las elaboraciones situadas” (p. 70).

Contra el conservadurismo de las pautas culturales, el autor también coloca su atención en tres modelos de feminismos materialistas contemporáneos, continuadores del proyecto pionero de *Manifiesto Cyborg*, como son el modelo *biodrag* de Preciado, el xenofeminismo de Helen Hester y la teoría materialista de la subjetividad sexuada de Rosi Braidotti. En el primer caso, se detiene en el papel de la *plasticidad limitada* del organismo y las prótesis e intervenciones

materiales en la construcción técnica del género. Con Preciado, sostiene que “[u]n cuerpo «normal» o «natural» no es algo dado y carente de historia, sino un resultado de mediaciones tecnológicas encarnadas en la biología, con sus capacidades de modificación” (p. 72). Esta interfaz biológico-tecnológica, que cuestiona al feminismo constructivista o performativo-lingüístico, más próximo a los marcos dualistas heredados, también se observa en el segundo modelo de referencia, pues el xenofeminismo defiende el *abolicionismo del género*, al que coloca como horizonte emancipatorio supeditado a un materialismo tecnoutópico que reuniría tecnomaterialismo y antinaturalismo. En el mismo sentido, el posthumanismo crítico de Braidotti “propone una política de la vida misma, no centrada en un sujeto separado al modo de las filosofías de la modernidad” (p. 78), aun cuando su monismo zoe igualitario, útil para pensar las posibles respuestas afirmativas ante el poder expansivo del capital, implica una *ontología plana* que asume la continuidad exacta entre lo social y lo natural. Contra la cual Martín afirmará que “[l]os humanos pertenecemos por entero a la naturaleza” pero “también somos entes *peculiares* dentro del *continuum* natural” (p. 79).

Esta serie de ejemplos, enfoques y perspectivas permiten comprender, analizar y elaborar afirmativamente algunas problemáticas contemporáneas eminentemente materialistas. Los modelos feministas reseñados, que lidian con la subjetividad sexuada y comparten la tesis de que la tecnología es ambigua, abierta y reappropriable, permiten evadir los polos del pesimismo y el optimismo tecnológico y proponen, en cambio, una relación afirmativa y creativa con los entramados técnicos materiales surgidos con la modernidad capitalista, indispensables para evitar los

esencialismos biológicos que respaldan al binarismo masculino/femenino. Así, no asumen la hipótesis de una subjetividad originaria o trascendente, universalizable e inherentemente resistente o rebelde frente al poder, sino que ven a la subjetividad constituida por regímenes técnicos y sociales como posibilitadora y limitadora: la agencia transformadora solo puede surgir en la modulación de los efectos de las formas de dominación social preponderantes, que se plasman materialmente. Modular, refuncionalizar y rediseñar los resultados sociotécnicos de la lógica del capital es un primer paso para ampliar la libertad personal, que debe seguirse por el abandono del lastre que representa el imperativo de la valorización.

Ya en el segundo capítulo, Martín indaga en el núcleo emancipatorio –como posible no actualizado– incrustado en la empresa histórica de la modernidad, capaz de trascender la forma específicamente capitalista de la producción. De la mano de Feenberg, Postone y Malm, ensaya una teoría crítica de la tecnología en el capitalismo y, sin acudir a la filosofía progresista de la historia identificada con el marxismo tradicional, justifica la tesis de que el *individuo social* constituye una potencialidad puesta por el capital o por los entramados sociotécnicos de la modernidad capitalista que es preciso adoptar y dirigir hacia fines emancipatorios. Para eso, se compromete con dos afirmaciones complementarias: (i) las fuerzas productivas resultan cooriginarias respecto de las relaciones de producción, a las que coconstituyen y otorgan solidez; y (ii) la historia técnica de las sociedades no responde solamente al progreso funcional, sino a consideraciones situadas y contextuales ligadas a formas de producción locales, relaciones de clase y proyectos de vida colectiva.

Martín se afana así en eludir los polos de la tecnofobia y la tecnofilia y asume que, aun cuando la maquinaria moderna no es neutral ni progresa linealmente, esto no justifica su rechazo unilateral o en bloque. Para elaborar su teoría social crítica pone en diálogo la filosofía de la técnica de Feenberg, la reconstrucción marxiana de la producción material capitalista de Postone y los estudios sobre el capital fósil de Malm. Todos ellos “abordan los entornos materiales y los diseños artefactuales de la modernidad como sitios privilegiados de discusión política y estructuración de la vida social, en los que la naturaleza y cultura se entrecruzan produciendo una específica *politicidad de los objetos técnicos*” (p. 87). Más en concreto, con Feenberg fundamenta la tesis de que sociedad y tecnología se coconstituyen, reformulando y actualizando la crítica de Marcuse, quien además supera las dos concepciones unilaterales de la técnica, a saber, las visiones instrumentales –la técnica como medio adecuado para fines externos– y sustantivas –la técnica como parte de un modo de vida o proyecto civilizatorio determinado–. Con Postone, en cambio, releva las determinaciones históricas y sociales de la producción material en un sentido inmanente, lo que conduce a una crítica de las formas sociales específicas de la modernidad capitalista, de apariencia cuasiobjetiva, que sostienen la dominación social abstracta, impersonal y anónima. Si en la filosofía de Feenberg la salida afirmativa está dada por la apropiación democrática de la tecnología bajo asociaciones, alianzas y retroalimentaciones complejas entre el saber experto y el saber popular, en Postone esta sucede a partir de la contradicción interna entre riqueza y valor *qua* dinámica objetiva de la acumulación, tensada entre las potencialidades liberadoras provistas por la tecnología ahorradora de trabajo y las formas de

dominación que atraviesan a la modernidad capitalista. Por último, a partir del “giro ecológico” representado por el ecomarxismo de Malm completa la visión parcial de Postone y Feenberg, y sirve para eludir la consideración antropocéntrica de los objetos técnicos como meros receptáculos de relaciones de poder.

En cuanto “período de la historia natural de la Tierra marcado por el generalizado impacto ambiental de la actividad humana” (p. 116), el Antropoceno exige el tratamiento teórico de la hibridación creciente de ambiente, tecnología y sociedad, capaz de explicar el *caos tórrido* derivado de esta peculiar fase histórico-geológica. La desertificación, las sequías, los incendios, las inundaciones y tormentas, entre otras catástrofes ecológicas, colocan al *planeta* como “tercer actor”, ajeno a los meros vínculos humano-humano y a toda dimensión subjetiva, así como a los marcos normativos heredados basados en la justicia y la libertad. Para el autor, “los humanos, devenidos fuerza geológica, necesitamos descentrar y desantropomorfiar un poco nuestras categorías políticas para aceptarnos menesterosos, dependientes, frágiles con respecto a una naturaleza contingente y precaria de la que somos parte” (p. 118). En este sentido, la naturaleza, o el mundo físico más en general, como determinaciones ontológicas, no deben tomarse como un momento de la acumulación sino como producto de una *subsunción exterior* que no elimina su realidad primera e independiente.

Martín también reconstruye en este tercer capítulo el debate respecto de “la manera adecuada de conceptualizar la actividad humana en el seno de la naturaleza” (p. 126), rastreable hasta Marx y Engels. El autor presenta las teorías de la ruptura metabólica (Foster, Clark, Angus) y de la ecología-mundo (Moore), y justifica su

predilección por el naturalismo emergente y estratificado derivable de la primera, antes que por el monismo neutro o híbrido asociado a la segunda. Si bien ambas conciernen a la necesidad de construir marcos analíticos no dualistas, capaces de aprehender la crisis ecológica en curso desde el punto de vista de la crítica del capital o del “horizonte emancipatorio postcapitalista o anticapitalista de *abolición de la forma valor*, con sus exclusiones androcéntricas y antropocéntricas concomitantes” (p. 129), no redefinen exactamente igual la relación sociedad-naturaleza. Pues mientras la primera teoría diferencia limitadamente lo social de lo natural, la segunda concibe la continuidad sicionatural a partir de la unidad original o mezcla entrelazada del *oikeios*. La importancia de la genuina *emergencia* que supone el ser social frente al ser natural, en una continuidad *estratificada* y no plana u ontológicamente idéntica, conduce a Martín a desestimar la tesis del “Capitaloceno” formulada por Moore. En este mismo sentido, el autor toma en cuenta la corrección de Malm al monismo sicionatural indiferenciado y concluye que “[e]n términos genéticos, la aparición de sociedades se monta sobre la historia evolutiva de la especie. En términos sincrónicos, de igual manera, el ser social es *ontológicamente dependiente* del ser natural, que lo soporta y posibilita. Esto significa, desde mi punto de vista, que no hay una «dialéctica» originaria de sociedad y naturaleza, sino una *primacía existencial y genética unilateral de la naturaleza frente a la sociedad*” (p. 132).

A partir de considerar las crisis sociales y ecológicas como crisis de subsunción –el capital *subsume*, pero no *crea* sus determinaciones–, y de ensayar la posibilidad de una teoría política de la crisis a la luz del “ecologismo autonomista”, el capítulo 4 se



adentra en la necesidad de tomar en serio la condición antropocénica, especialmente desde los países periféricos latinoamericanos. Para Martín “[s]e impone producir un marco analítico que permita situar la crítica del capital en forma inmanente y abierta, interna y externa, a la vez, en términos que hagan justicia a las *potencias emancipatorias creadas socialmente por el capital*, tanto como a la *irreductibilidad ontológica del trabajo y la naturaleza*” (p. 141). Este capítulo está dedicado a elaborar esta tensión teórica implícita entre la crítica inmanente estricta –relativa a la dinámica intrínseca del capital y sus límites internos– y la crítica externa –formulada desde el punto de vista de las determinaciones ontológicamente externas–, en donde germina la idea de una *modernidad alternativa* capaz de recoger “los mejores frutos técnicos y sociales del capitalismo”, modulados “en un proyecto civilizatorio diferente, orientado a la producción para el uso sobre bases, en parte, comunitarias” (p. 144). En línea con autores/as latinoamericanos como Bolívar Echeverría, Álvaro García Linera, Silvia Rivera Cusicanqui y Martín Arboleda, el autor desestima las polaridades unilaterales del ecomodernismo desarrollista –ampliamente difundido en América Latina– y el comunitarismo antimoderno –más propio de una política *folk* que de una teoría a la altura de la interdependencia global–, y direcciona sus esfuerzos “hacia posiciones más matizadas o dialécticas, entre otras cosas, capaces de iluminar una perspectiva estratégica para la transición planetaria” (p. 150).

Lejos de ver en las políticas de austeridad salidas competentes para las periferias mundiales, Martín entiende que el proyecto de una modernidad alternativa, concomitante al giro materialista en la teoría crítica, implica una apropiación *parcial*

y *colectiva* de los frutos emancipatorios actuales o potenciales asociados al capitalismo. “Desde posiciones periféricas o subalternas en el capitalismo mundializado, tenemos derecho a construir alternativas de modernidad, a apropiarnos de las tecnologías disruptivas de las formas de vida heredadas y a experimentar las mutaciones sociales y biológicas de la individualidad social. Nuestras geografías ya participan de la infraestructura material de la modernidad, por lo general, como proveedoras de recursos y sumideros de desechos. También deberíamos reclamar nuestra parte de sus frutos emancipatorios, tanto técnicos como sociales. El proyecto de *abolir sin herencia* la modernidad no es histórica ni políticamente interesante” (p. 153). Esta visión coincide, asimismo, con la de un régimen sexual postpatriarcal y no heteronormado: ha de ser posible romper al mismo tiempo con la férula social de la forma valor y con las distintas clases de dominación directa o indirecta (raciales, de género, coloniales). Abundancia *relativa*, libertad personal y proliferación *limitada* de formas de producción y consumo pueden conformar un mismo proyecto político que, liberándonos del imperativo ciego de la valorización, permita hacer efectiva una transición ecológica hoy día amenazada por las estrechas capacidades agenciales de los Estados soberanos. La urgencia de desplegar técnicas de ingeniería climática sobre el sistema planetario a gran escala, sin ir más lejos, dan cuenta de la ilusoria posibilidad de rechazar unilateralmente la tecnología capitalista: la retroalimentación positiva del calentamiento global, i.e., las dificultades para frenar una disrupción ecológica ya en curso, es un indicador ineluctable de que la modernidad postcapitalista contendrá momentos prometeicos o no será. Al mismo tiempo, la vindicación del *“proyecto incompleto del romanticismo*

en la búsqueda de una modernidad alternativa" (p. 158) resulta igualmente importante en una crítica apropiada de la modernidad, dirigida "tanto a realizar una *reserva de posibles* contenidos en las infraestructuras materiales del capital, como a otorgar sus derechos al pasado precapitalista y a la naturaleza no subsumida" (p. 160). Ni crítica social romántica o nostálgica, carente de proyectos de futuro y de horizontes emancipadores cautivantes, ni imaginación futurista o tecnoutópica despreciadora del pasado e ignorante respecto de las formas heredadas de lo popular y lo comunitario.

Al ingresar al quinto capítulo, Martín comienza a dar forma al proyecto original de una teoría crítica materialista, y sobre todo a la posibilidad de una fundamentación naturalista de esta última, retornando así a los principales debates filosóficos contemporáneos respecto del naturalismo ontológico, la agencia subjetiva y la estructura social, que ocupan los capítulos cinco, seis y siete, respectivamente. En su conjunto, estos últimos "componen un esbozo de ontología para una ilustración sensible, capaz de redimir la agencia subjetiva incorporada en medio del materialismo filosófico" (p. 172). En el quinto, en particular, el aparente diálogo imposible entre teoría crítica y naturalismo va haciéndose cada vez más plausible a medida que se presentan las importantes herencias realistas en la tradición filosófica que cabe asociar con el materialismo teórico y con la actitud de *humildad naturalista* de inspiración darwiniana. Sostener un realismo científico y un naturalismo ontológico no implica desestimar la subjetividad y la agencia; por el contrario, estas últimas pueden realizarse –y de hecho lo hacen– en el mundo natural. Así, mientras el realismo científico remite a la tesis de que las teorías científicas tienen referencia, es decir, que los

objetos referidos no son construidos por el marco categorial sino preexistentes a este último, el naturalismo ontológico sostiene que los seres humanos somos parte de la naturaleza y no integramos un dominio separado de objetos del mundo, sea parcial o radicalmente autonomizado. Este materialismo, más ontológico que epistemológico, desafía tanto los antirrealismos y perspectivismos epistémicos, cuanto la autonomía metodológica de las ciencias sociales, presuntas encargadas de escrutar un dominio escindido de la realidad. Es el materialismo o realismo crítico de Bhaskar el que le otorga al autor las bases teóricas necesarias para movilizar sus propias ambiciones filosóficas, comprometidas con el realismo ontológico (independencia de la realidad externa frente al conocimiento), el relativismo epistémico (la actividad científica posee un carácter situado, social e histórico) y el racionalismo crítico (es posible juzgar racionalmente entre teorías en disputa). Esta combinación ilumina las dimensiones transitiva (existen procesos sociohistóricos involucrados en la producción de conocimiento) e intransitiva (los objetos del conocimiento poseen una realidad independiente) del conocimiento científico, sin disolver la asimetría existente entre el objeto de conocimiento y el objeto real, i.e., entre actividad social de la ciencia y los objetos que esta última toma por objeto.

La teoría realista de la agencia subjetiva de Bhaskar también constituye el punto de partida del sexto capítulo, donde Martín intenta suturar el hiato insalvable, heredado de la filosofía y las ciencias de la modernidad, entre la experiencia subjetiva y la naturaleza objetiva. De la mano de algunos/as representantes de la filosofía de la mente contemporánea, argumenta convincentemente que la fenomenología de la conciencia debe explicarse en términos de

procesos neuronales. El descentramiento del sujeto promovido por los avances de las ciencias cognitivas y las neurociencias en las últimas décadas permite “asumir que nuestra propia naturaleza nos es esquiva y se explica, en parte, en términos de procesos objetivos, a menudo inconscientes, inaccesibles a la primera persona” (p. 207). Por lo que explicar cómo es posible que la agencia humana desnaturalizada se realice después en el mundo natural implica salir del marco predominantemente hermenéutico y buscar los correlatos materiales de la experiencia vivenciada en primera persona, de la autopercepción, del sentido del yo, etc., i.e., dar paso a un programa de investigación compatible con los correlatos neurofisiológicos y anatómicos de la mente.

Como se ha visto, para Martín los mecanismos específicos de la agencia subjetiva y la sociabilidad compleja son emergentes en el sentido de que marcan una novedad real en el contexto de la vida biológica, en la que están enraizados. De manera que permanecen “realizados en nuestra biología y no suponen, en principio, un agregado *sustancial* con respecto a ella. Remiten a uno o varios niveles emergentes en la organización de la vida biológica, ella misma, un estrato de emergencia sobre la materia física *tout court*” (p. 215). Por esta razón, desestima el mitológico salto ontológico cualitativamente abismal, en el pasado filogenético remoto, por el que los seres humanos habríamos salido de la naturaleza e ingresado en la cultura o en el mundo de las interacciones mediadas por el discurso. La idea de un “*pasaje* originario de la naturaleza a la cultura forma parte de la mitología dualista de la Ciudadela de las Humanidades y debe ser descartada en el contexto del giro materialista” (p. 215). En este mismo sentido, desecha la oposición entre la caracterización darwiniana

de la especificidad de la vida biológica mediante la historia evolutiva de la especie humana y la visión de Lamarck en donde la historia cultural explicaría la transmisión intergeneracional de conductas plásticas incorporadas en la interacción con el entorno, herencia supuestamente extranatural basada en el lenguaje o la mediación simbólica. “La naturaleza biológica del cerebro humano es producto de la interacción entre la selección natural y las formas de vida culturales desarrolladas por nuestros antepasados homínidos” (pp. 216-217), por lo que “el crecimiento del cerebro en la historia de nuestra especie fue producto de las presiones selectivas de un medio que crecía en complejidad técnica y social” (p. 217). Alineado con el giro postgenómico en las ciencias de la vida, asevera que “[l]a biología contiene la dimensión histórica de la existencia humana, por la que es, a su vez, modificada causalmente” (p. 219). Nuestro cerebro constituye un producto plástico del ambiente y un sitio ontológicamente dependiente de cambios históricos y subjetivos, aun cuando esto no indique que haya sido creado por completo por parte de la socialización. La limitada plasticidad neuronal de la especie humana permite reconocernos en el *continuum* –incluso a nuestro pesar– de una historia evolutiva más general que, si bien nos compromete en tanto que seres vivos *marcados* o *inscriptos* en la cultura, nos remite al soporte existencial de nuestros organismos biológicos, siendo estos últimos a la vez espacios plásticos de inscripción y fuentes autónomas de constricciones dinámicas.

Mientras el penúltimo capítulo intenta mostrar que “tanto la sociedad como la psicología humana constituyen niveles de emergencia adicionales, que emergen sobre la organización biológica de la materia” (p. 223), y compatibiliza

tres movimientos teóricos usualmente pensados por separado –naturalismo, descentramiento del sujeto y libertad naturalizada–, el séptimo parte del “*excepcionalismo humano débil* o una *especificidad sin ruptura* de la posición de los humanos en la naturaleza” (p. 225) para sentar una teoría de la estructura social. En el camino de vuelta desde la agencia incorporada a la estructura social, esta última definida como “un sistema abierto, internamente plural y expuesto a contingencias, a desarrollos imprevisibles que provienen de la estratificación y la complejidad” (p. 227), Martín subraya que la vida social no puede reducirse a las mediaciones de la lógica del capital, *á la Postone*. Es preciso salir de la inmanencia totalizadora del estudio de la forma valor y pensar “la sociedad como constituida por niveles múltiples y temporalidades divergentes que se solapan sin un principio de desarrollo unitario” (p. 228). Las teorías de la resistencia y del cambio social, en este sentido, deberían ser capaces de aunar en una síntesis superadora una crítica antagónica –fundada en el antagonismo irreductible y el *otro* externo o no del todo subsumido– y una crítica inmanente –en un sentido acotado o estricto– del capital. Allende la dicotomía entre subjetivismo y objetivismo, el autor recuerda que “[l]a sociedad no existe sin la actividad humana, que la sostiene, la reproduce y, en parte la constituye. Pero, al mismo tiempo, la actividad intencional de las personas es imposible en el vacío. Las personas no *creamos* la sociedad, que está siempre *ya presupuesta* en nuestra acción. Es decir que la sociedad está siempre «ya hecha», y las personas podemos reproducirla o transformarla, pero no fundarla a partir de la nada” (p. 234). Identificar los alcances y las limitaciones de la agencia transformacional en

nuestra época también forma parte de la vindicación de una actitud ilustrada que prolonga la senda abierta por Copérnico, llega hasta las neurociencias y pasa por Darwin, Freud y Marx.